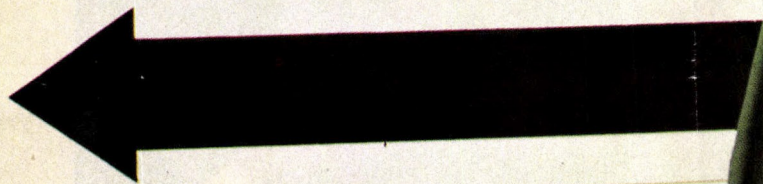


# GALERIA OJO DE BUEY



**CULTURA**

**GONZALO DIAZ**

## Unos sueños sin sepultura

**A** Por Roberto Brodsky  
Gonzalo Díaz (41, separado,  
dos hijas) hay dos preguntas  
que le derrumban el ánimo  
después de cada exposición.  
La primera, ¿qué quisiste decir?, y lue-  
go la otra, de rigor: ¿qué significa lo  
que hiciste?

Para ninguna tiene respuesta ("es im-  
posible contestar a eso"), aunque desde  
1982, cuando realizó la exposición *His-  
toria sentimental de la pintura chilena*,  
no ha faltado quien se las lance como  
una bofetada. Razones hay, ya que des-  
de aquella muestra y la siguiente (*¿Qué*

*hacer?*, el año 84), Díaz dejó la pintura  
de los pinceles y comenzó a despellejar  
los colores, luego las figuras y finalmen-  
te el marco de los cuadros.

Aparecieron extensiones materiales  
que sacaban la representación de las pa-  
redes del museo y del *living* de la casa,  
se procuraban un destino vital mediante  
instalaciones que dejaban pensativo al  
público: ¿que habrá querido decir Gon-  
zalo Díaz?

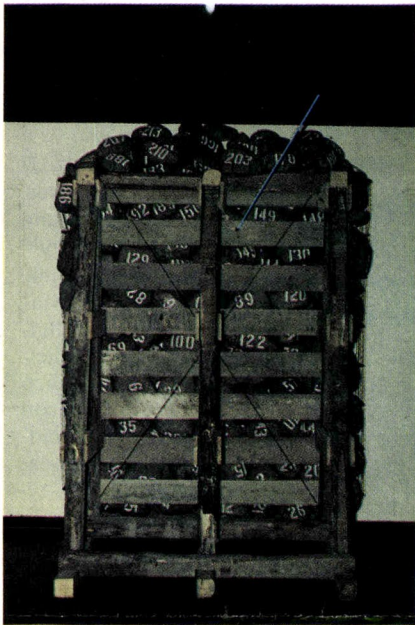
—Mis trabajos son siempre anhelan-  
tes de la pintura —dice él—. Creo que  
no hay país para la pintura. A cambio,  
sí hay una espera de condiciones, y por

eso mis exposiciones abordan y bordean  
los problemas de la pintura: ¿qué es lo  
que impide la existencia de ese espacio  
feliz?

### Un broma macabra

Algo de esto hay en la última de sus  
exposiciones, *Lonquén 10 años*, inaugu-  
rada el 12 de enero en la galería *Ojo de  
Buey*, y abierta hasta el lunes 30. Aun-  
que en rigor se trata de una instalación  
antes que de una exposición, un visitan-  
te inadvertido podría llegar a la conclu-  
sión de estar frente a una broma camu-  
flada de arte.

# Instalación *Lonquén 10 años* pone a prueba los signos del crimen y la justicia, según su creador



**Gonzalo y su instalación: piedras numeradas y marcos vacíos revelando los sueños**

En tres de las paredes de la sala, a la altura de los ojos, se repite una secuencia de catorce marcos negros lacados, y numerados en romano del I al XIV. Sólo un detalle interrumpe esta disposición: los cuadros VI y XIV han sido apartados de la secuencia y ocupan una pared propia. El resto es la reproducción de un mismo sentido: *en esta casa el 12 de enero de 1989 le fue revelado a Gonzalo Díaz el secreto de los sueños*, inscripción que ocupa, sobre un fondo de lija negra, el interior de cada cuadro. Fuera de éstos, un apliqué encendido y un vaso de agua a medio llenar acompañan, sobre una saliente del marco, la reiteración de los elementos.

En cuanto a la cuarta pared, que en teatro indica la ubicación del público, una tosca armazón de madera retiene 220 piedras numeradas, y ordenadas según tamaño y peso al modo de un inventario.

No hay más, y en legítima defensa, un visitante podría sentirse estafado y argüir que, una vez más, a uno le toman el pelo cuando se confía en el arte. En verdad sucede todo lo contrario: una broma, macabra, descubierta hace diez años en los hornos de una antigua mina de cal en la localidad de Lonquén, cercana a Isla de Maipo, y en donde habían

sido sepultadas 15 personas dadas por desaparecidas desde octubre de 1973, sirve de disfraz al arte de Gonzalo Díaz y a su credo: "Nadie puede estar pintando en medio de una hecatombe".

—Mi primer acercamiento al tema fueron las fotos de medio punto publicadas por HOY hace diez años— explica—. Me llamó la atención la coincidencia entre el tamaño del crimen y la arquitectura monumental que lo investía; esas bocas de los hornos eran como la investidura del poder. Ellos dejaron el crimen en un palacio, y cometieron un *lapsus* al esconderlo, porque al mismo tiempo lo estaban dejando a la vista.

## Un rostro en un velo

El tiempo transcurrido sirvió a Díaz para integrar el drama de Lonquén a su propio itinerario artístico, en el cual la pintura desaparecía, como los cuerpos sepultados, quedando sólo el nombre y la prolongación de sus huellas.

Becario de la *John Simon Guggenheim Memorial Foundation*, que ha hecho de mecenas de numerosos artistas y escritores nacionales, Gonzalo Díaz instaló su *Lonquén 10 años* reconociendo que el tema "se ajusta dramáticamente al ideario de un arte en el que ya no hay representación".

En vez de ella, hay signos, señas, objetos disímiles o idénticos que buscan organizar un sentido a la repetición de los cuadros, a la secuencia de vasos de agua y a la acumulación de piedras retenidas.

—Hay muchas *lecturas*—dice Díaz— y éstas dependen de la exactitud de los signos. La sala es una puesta en escena que pone en acción una máquina de sentidos.

A descocarse, entonces. Cada elemento trae su propio residuo explicativo. La frase, repetida en el interior de cada cuadro, es la adulteración de una carta de Freud a su amigo Fliess, fechada el 12 de junio de 1900, y en la cual el psicoanalista vienés habla de colocar en su residencia una placa con la leyenda: "En esta casa, el 24 de julio de 1895, le fue revelado al doctor Sigmund Freud el secreto de los sueños".

La adulteración a distancia permitiría, así, abordar el asunto Lonquén por

la vía de la confesión y el sueño, salvaguardando de paso la participación del arte "en la llaga de la política".

Otro enigma es la separación de los cuadros VI y XIV del resto de la secuencia. En verdad, los catorce marcos con sus respectivos apliques, vasos y frases adulteradas, corresponden a cada una de las escenas del Vía Crucis. En la VI, el rostro de Cristo queda impreso en el paño que alarga Verónica, mientras que la escena XIV representa la sepultación.

## Pienso, luego camino

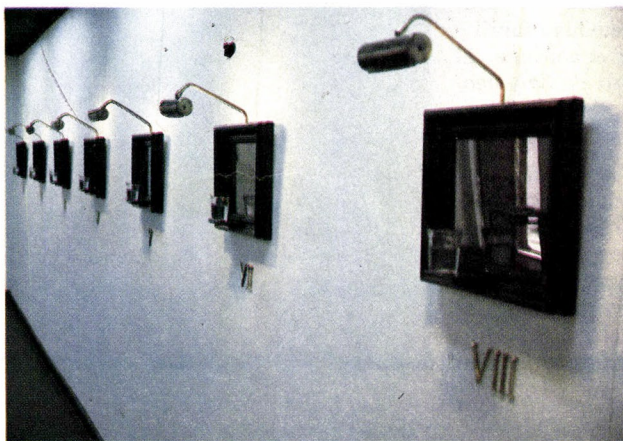
Otros signos ayudan a interpretar el vacío de *Lonquén 10 años*. Las piedras numeradas señalan un intento de inventariar lo que no está, y según el propio Díaz, "tienen que ver con el trabajo del juez y el arqueólogo, en cuanto sirven para reconstituir una historia oculta".

El vaso de agua junto a cada cuadro es otro elemento, aunque mucho más equívoco. Puede ser el indicador de la actividad del sueño, una invitación a beber el cáliz, en gesto de complicidad con la ausencia enmarcada en el cuadro, o bien deseos de mojar la garganta frente a tanta sequedad.

—Yo al principio tenía una acumulación de piedras y una reiteración de cuadros. En el proceso de realización, los objetos se van llenando de otros sentidos, como en el caso del Vía Crucis, que surgió como tal después de haber hecho 18 módulos de repetición.

Para algunos, el andamiaje teórico que acompaña las muestras de Gonzalo Díaz es prueba de la frialdad de su arte. El, por su parte, sostiene la necesidad de un correlato explicativo que acompañe al artista y su obra. "Yo, obviamente, no puedo correr", escribió una vez, ironizando con su propia condición física que lo obliga a desplazarse entre muletas. "Estoy obligado a andar despacio, por las piedras, a andármelas con cuidado. Debo pensar a cada paso que doy. Y sólo en tanto pienso, puedo caminar. Estoy obligado a ser profundo, o sea, a no tener fondo".

Confesión y sueño de Gonzalo Díaz, que como los cuerpos sin sepultura, van revelando el territorio ausente del cuadro. •



**La Vía Crucis de Lonquén 10 años: aparte las escenas VI y XIV.**